Freud y el público

Por Jaime GARCÍA TERRÉS

Se ha llamado al siglo xx el siglo de Freud. En rigor estos años en demasía complicados y contradictorios, no tienen un signo exclusivo. Con igual justicia podríamos llamarlos el siglo de la bomba atómica, o el de las revoluciones económicas, o el de la descolonización, o el del existencialismo, o el del cinematógrafo. Pero está fuera de duda que el nombre de Sigmund Freud es uno de los más característicos de nuestro tiempo, y su aportación, una de las claves decisivas de nuestra cultura.

El mismo Freud subrayaba que el psicoanálisis había nacido, "por decirlo así", con el siglo xx: "La obra con la cual se presentó ante el mundo, *Die Traumdeutung* (*La interpretación de los sueños*), apareció en 1900. Aunque, naturalmente, no brotó de la roca ni cayó del cielo, puesto que se enlaza con algo anterior, continuándolo, y surge de estímulos que somete a elaboración."

Con todo, no es la cronología lo que por ahora nos importa, sino su vigencia y su enorme y radical influjo en múltiples aspectos de la historia contemporánea. Examínese la ciencia, el arte o la técnica, o la vida cotidiana, prácticamente no hay un campo en donde el psicoanálisis no haya dejado su huella. No hablemos ya de la psicología y la psiquiatría, que gracias a Freud adquirieron el rango de disciplinas científicas. Aun en aquellos terrenos afectados de un modo menos directo la influencia ha sido sobresaliente.

Acudiré al ejemplo de la literatura, puesto que es el ámbito que me resulta más familiar. Por vocación e interés, Freud fue, entre las muchas cosas que logró ser, un hombre de letras. La calidad excepcional de su prosa ha sido confirmada por críticos literarios tan exigentes como Alfred Kazin, quien pone de manifiesto en varios ensayos relativos el lenguaje flexible y dramático del gigante de Moravia, su fuerza expresiva y su poder de persuasión, cualidades que delatan al gran escritor, y que para Kazin encuentran prueba inmediata en la no escasa buena literatura moldeada por el espíritu freudiano. Thomas Mann, D. H. Lawrence, Henry Miller, James Joyce, Franz Kafka, los surrealistas franceses, Ernest Hemingway, William Faulkner, todos ellos son deudores en mayor o menor proporción del creador del psicoanálisis. Sin embargo, no se trata sólo de una deuda de carácter formal. Los descubrimientos y teorías de Freud abrieron por sí fértiles cauces a la inspiración literaria. "Los estudios del análisis —declara Thomas Mann— cambian el mundo; nace de ellos una serena desconfianza que tiende a desenmascarar los escondites y artimañas del alma; desconfianza que, una vez despierta, ya no podrá volver a desvanecerse. Se infiltra en la vida, mina su torpe ingenuidad, le quita el pathos de la ignorancia, la nivela y la equilibra, educándola y guiándola hacia el *understatement*, como dicen los ingleses: la conduce a aminorar la expresión en lugar de exagerarla, al cultivo de la palabra que busca su fuerza en lo medido." A la vez, el autor de *La montaña mágica* apunta que la consideración de la literatura analítica le hizo reconocer mucho de lo por él sentido y experimentado desde su más remoto vivir espiritual. James Joyce no mostró jamás tamaño respeto por Freud. "El psicoanálisis no es más que un chantaje", solía repetir el irlandés. Pero esto no hace menos evidente el parentesco. Una de las bromas favoritas de sus amigos consistía en hacerle ver que la palabra Joyce significaba en inglés lo mismo que Freud en alemán (es decir, alegría). Y no se equivocaban demasiado. Aunque Joyce era un escéptico de cualquier ciencia, sus juegos de palabras, sus fantasías, su simbolismo, su preocupación por los sueños y por las interpretaciones oníricas, traicionan el impacto freudiano. Las últimas páginas del *Ulises* constituyen uno de los mejores ejemplos existentes de la "libre asociación" psicoanalítica. El sueño de Humphrey Chimpden Earwicker (en el *Finnegans wake*) representa —como observa Frederick Hoffman— un panorama completo de la vida inconsciente, en el cual aparecen empleados todos y cada uno de los recursos que Freud explica en el séptimo capítulo de la *Interpretación de los sueños*.

Dos notables poetas, por lo demás muy diversos, hallaron en las doctrinas freudianas un camino hacia la luz: el vienés Hugo von Hofmannsthal y el galés Dylan Thomas. El primero se dio a luchar en contra del irracionalismo deliberado y las convenciones inefables de la tradición romántica, buscando una mejor comprensión de la naturaleza humana y de su comportamiento frente a la realidad. El segundo resumió su tentativa poética en esta elocuente profesión de fe: "Debemos desnudar todo lo escondido. Quedar desnudo de las tinieblas es quedar limpio; desnudar de tinieblas equivale a limpiar. La poesía, al registrar el desnudamiento que rasga la oscuridad individual, inevitablemente derrama luz sobre aquello que ha permanecido oculto por tanto tiempo, y de tal suerte convierte en limpia la exposición desvelada. Freud arrojó luz sobre una poca de la oscuridad que había expuesto. Aprovechando la visión de la luz y el conocimiento de la desnudez oculta, la poesía debe ahondar aún más allá, hacia la limpia desnudez de la luz, iluminando todavía más de lo que Freud logró hacerlo, las causas ocultas."

Muchos otros escritores, bien que versados en la bibliografía psicoanalítica, han preferido estacionarse en las tinieblas. Entre el posible, aunque arduo y riesgoso, peregrinaje a la luz de la razón, y el acatamiento pasivo de los oscuros misterios del inconsciente, han elegido esto último. Así Kafka, atrincherado en los laberintos de su propia enajenación mística. Kafka, cuya obra entera es un portentoso espejo literario de la neurosis, rehusaba admitir las explicaciones y los fines declarados del psicoanálisis. Lo que éste clasifica como una verdadera enfermedad, era según él la simple enunciación de una actitud religiosa, de la necesaria relación entre Dios y el hombre. Ninguna terapéutica podría esclarecerla, ni menos aún remediarla.

Así, también, D. H. Lawrence, que juzgaba la tentativa freudiana de hacer conscientes los procesos inconscientes un freno más a la espontaneidad de los instintos. Para Lawrence la conciencia, vale decir, la razón, representa el origen de la angustia, la división y la soledad entre los hombres. Hay que abolir el Yo, lo individual, la "imagen" que nos creamos de nosotros mismos; es aquí en donde el mal reside, y no en el oscuro universo interior que es común a toda la especie y a cuyo libre y señorial flujo corresponde la única posibilidad de una vida plena y armónica.

El surrealismo saludó con entusiasmo, en principio, los hallazgos de Freud. Sobre tal base, afirma André Breton en el Primer Manifiesto, será ya factible emprender investigaciones más completas de la realidad; ya no será preciso limitarse a las realidades superficiales; la imaginación recobra sus derechos. "Si las profundidades de nuestro espíritu alojan extrañas fuerzas, capaces de acrecer las fuerzas de la superficie, o de luchar victoriosamente contra ellas, es del mayor interés el captarlas; captarlas primero, para luego someterlas, si procede, al control de nuestra razón." No obstante, añade Breton, los científicos no poseen el monopolio de esta empresa, "tan abierta a los sabios como a los poetas". En definitiva, los surrealistas, pese a su inicial invocación del racionalismo freudiano, acabaron entregándose a la irracionalidad avasalladora: confundieron los medios con los fines; proclamaron la "omnipotencia del sueño" y del "juego desinteresado del pensamiento", y erigieron en dogmas mágicos "la rebelión absoluta, la insumisión total, el sabotaje en regla", el recurso a la violencia y a la desesperación.

Este veloz recorrido por el ámbito de las letras contemporáneas, con ser tan incompleto y esquemático, da una idea, no sólo de la vasta repercusión que Freud ha tenido en ellas, sino también de la pluralidad de las reacciones, no siempre congruentes con los propósitos del maestro. Podríamos continuar explorando lo acontecido en las distintas ramas del arte y la ciencia, y descubriríamos de fijo, dentro de las peculiaridades de cada una, similares testimonios. Pero acaso sea más ilustrativo asomarnos, abandonando por un instante los recintos convencionales de la cultura, al torbellino general de la vida cotidiana: a los sectores innominados de la sociedad, a las columnas de los periódicos, a las charlas visuales, a las frases hechas de la propaganda y el adocenado comentario, a la mente profana y a los axiomas de la vulgarización.

Como es natural, la opinión popular sobre el psicoanálisis dista de fundarse en un conocimiento exacto de los hechos y teorías relativos. Si la lectura de algún texto aislado de Freud es privilegio de una pequeña minoría, el número de quienes se han adentrado con objetividad e inteligencia en el conjunto de su obra resulta incomparablemente más reducido. Cierto que todo el mundo, a nuestro alrededor, habla de Freud y psicoanálisis; raro es, sin embargo, el que aborda esos temas con autoridad y conocimiento de causa. Por lo común, se trata de impresiones vagas, confusas y contradictorias, apoyadas, en

el mejor de los casos, en interpretaciones de segunda o tercera mano, y con mayor frecuencia en dictámenes gratuitos e irresponsables.

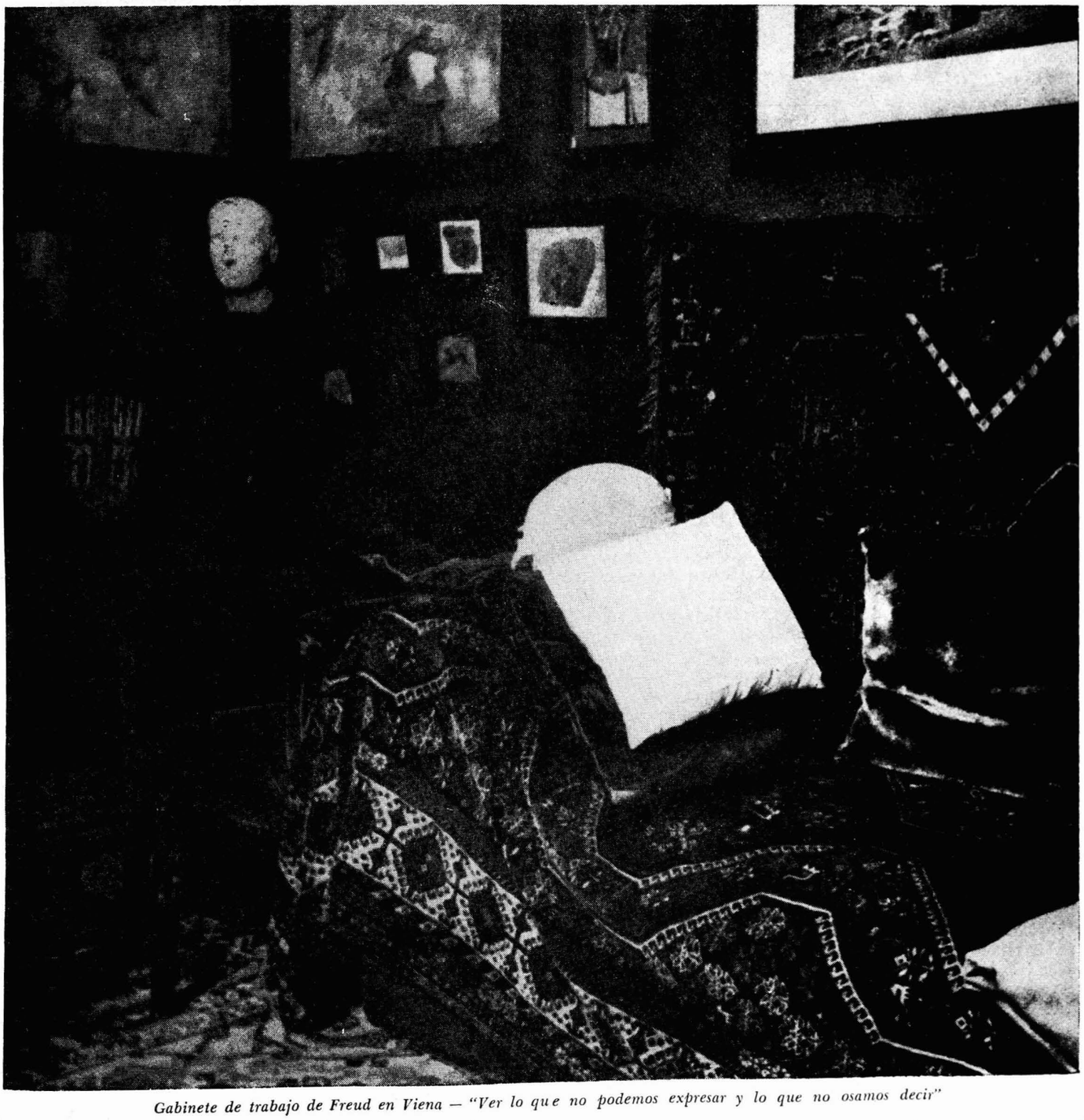
¿Cuáles son, a este respecto, las fuentes de información ordinarias? A grandes rasgos, y sin precisar jerarquías que, en última instancia, dependen de la estructura de cada sociedad y aun de la capa social que se considere, podemos mencionar los periódicos y revistas, la conversación, el cine, el teatro, el radio y la televisión, la publicidad comercial, los libros y folletos de divulgación, la escuela y la literatura de ficción.

Para muchos, el conocimiento del psicoanálisis se reduce al de una sola palabra, empleada sin discriminación y a la que se le adjudican no sé cuántos bárbaros derivados. Me refiero, por supuesto, a la palabra *complejo*. He aquí un ramillete de expresiones ejemplares, de las que escuchamos todos los días: "Si me sigues molestando, vas a crearme un complejo." "¡Qué acomplejado vienes hoy!" "Fulana me está acomplejando demasiado." "No te preocupes si Zutano te mira chueco: es un tipo lleno de complejos."

Entre los que prodigan tal género de expresiones, nadie podría explicarnos, en rigor, qué cosa es un complejo. Y esta misma imposibilidad de explicación confiere al vocablo, y a cuanto en él se simboliza, una misteriosa y fascinante ambigüedad que coadyuva a su difusión ilimitada. Es incuestionable la perspicacia con que Freud (en un trabajo que data de 1914: la *Historia del movimiento psicoanalítico*) percibe ya el fenómeno: "La palabra *complejo* —escribe— ha adquirido derecho de ciudadanía en el psicoanálisis, en calidad de término muy adecuado, y a veces imprescindible, para la síntesis descriptiva de hechos psicológicos. Ninguno de los demás nombres creados por las necesidades psicoanalíticas ha gozado de tan amplia popularidad ni ha sido tampoco tan equivocadamente empleado, con daño de otros conceptos más sutiles."

Pero tampoco escasean, en los medios profanos, otro tipo de fórmulas más categóricas —aunque no menos burdas— para aludir a Freud y a sus hallazgos. Lo esencial parece ser, no el definir, sino el juzgar, el acuñar frases lapidarias. Recuerdo un dictamen que leí en cierto librillo de orientación espiritual condimentado por unos piadosos sacerdotes españoles, y que comenzaba: "Psicoanálisis. Teoría disparatada, diabólica y amoral..." Con similar desparpajo y sobre la base de alguna erudición postiza, suele calificarse a Freud de irracionalista, animista, pornógrafo; y a la vigencia de su obra, de esnobismo, sarampión, moda. Por lo demás, es normal que el vulgo confunda en una misma imagen a Freud, a sus continuadores y opositores, a toda especie de erotología, a los psiquiatras en general, etcétera. Lo curioso es que aun numerosos intelectuales participan de esta vaguedad y acudan a idénticos epítetos para despachar la cuestión.

Una actitud frecuente es la de considerar el psicoanálisis como un tema de diversión y humorismo. A ello han contribuido los miles de chistes y graciosos dibujos publicados en los periódicos durante los últimos años, y que invariablemente hacen bromas (a menudo excelentes) a costa de los psiquiatras



Gabinete de trabajo de Freud en Viena — "Ver lo que no podemos expresar y lo que no osamos decir"

y analistas. June Bingham comenta que esos profesionales, en cuanto seres humanos, se duelen a veces de verse maltratados de tal modo, sobre todo cuando se ven pintados como individuos odiosos, estúpidos, venales, erotómanos o desequilibrados; pero que, en su condición de científicos objetivos, no pueden menos de sentirse fascinados, puesto que es como si el público del siglo xx estuviera intentando simbólicamente asesinarlos o adorarlos, o ambas cosas a un tiempo. Prueba del asesinato simbólico es la extrema hostilidad que reflejan los chistes; lo segundo, o sea la adoración, queda demostrado por el gran número de aquéllos, y por el hecho de que no tendría gracia ni sentido burlarse con tanta asiduidad si los burlados carecieran de efectiva importancia.

Insisto en que las corrientes de la opinión pública y sus orientaciones respectivas varían de acuerdo con la estructura y demás características del grupo social. En ocasiones encontramos sorprendentes coincidencias. Así, por ejemplo, en el plano político. John Kasper, el racista norteamericano, partidario de la supremacía blanca y promotor de motines contra los negros, declaraba hace unos meses, ante el Congreso de los Estados Unidos: "la psiquiatría es una ideología exótica", iniciada por "Sigmund Freud, que es un judío", y "el 80% de los actuales psiquiatras son judíos", lo cual convierte a "una raza determinada en administradora exclusiva de una determinada técnica". (Cit. en *The Nation*, 30 de junio de 1962.) Años antes, la propaganda estalinista había proclamado también que el psicoanálisis era una ideología; sólo que para ella los intereses que lo dominaban y utilizaban no eran los judaicos, sino los del capitalismo estadounidense. Como quiera, y a pesar de tales curiosos denominadores comunes, me parece incuestionable que los norteamericanos de hoy tienen una impresión del psicoanálisis por entero distinta de la que tenían los soviéticos bajo el régimen de Stalin.

A lo que sé, el único intento serio para estudiar la representación social del psicoanálisis en una sociedad concreta, es hasta la fecha el de Serge Moscovici, investigador francés que publicó sus resultados en 1961, bajo el título de *La psychanalyse. Son image et son public*. La obra, de seiscientas cincuenta tupidas páginas, no es de fácil lectura, repleta como está de observaciones y estadísticas indigestas. No obstante, Moscovici ofrece un esquema documental sin paralelo de lo que el "gran público" francés opina en torno a la nueva ciencia; esquema logrado a través de innumerables encuestas, sondeos y compilaciones, y muy generoso en datos reveladores.

¿Qué es el psicoanálisis?, pregunta Moscovici a sus entrevistados. Un obrero contesta: "Es el estudio científico del individuo." Un estudiante de la Universidad de París: "Es una terapéutica de los complejos." Un pequeño burgués: "Es una nueva moda que pretende saber lo que pasa en el alma de la gente y de los deprimidos." Un segundo obrero: "Es un nuevo sistema norteamericano que consiste en hacer que uno se acueste en una pieza oscura y cuente sueños." Un profesor: "Es el estudio del comportamiento interior de los seres." Otro estudiante universitario: "Es un ensayo de síntesis del alma humana, imaginado por Freud y sus sucesores." Un tercer estudiante: "Es el estudio de los complejos conscientes y subconscientes de un individuo." Un cuarto estudiante: "Todos vivimos detrás de máscaras, sin saberlo. Gracias al psicoanálisis, nos quitamos nuestra máscara." Un tercer obrero: "Sirve para ver lo que no podemos expresar y lo que no osamos decir." Un obrero más: "Es para curar a los enfermos que padecen una mezcla del subconsciente y el consciente." Otro miembro de las clases medias: "Es una ciencia relativamente moderna que aborda problemas antes reservados a los ocultistas."

Ahora bien, ¿cuáles son los vehículos que nutren a tales imágenes? Moscovici registra, por orden de importancia, las fuentes de información que siguen: a) los espectáculos, la radio y la prensa; b) la literatura; c) la conversación, y d) los estudios. En particular, un 67% de los entrevistados de clase media y un 70% de los obreros admitieron haber adquirido sus conocimientos sobre el psicoanálisis gracias a los espectáculos, la radio y la prensa, y solamente los estudiantes y profesionales mencionaron al efecto sus estudios.

Moscovici dedica varios profusos capítulos al examen de la prensa francesa. Y en los materiales periodísticos no especializados descubre, además de una importante fuente nutricia del sentir popular acerca del freudismo, la voz de la sociedad como tal. Todos los prejuicios y confusiones del público, y también sus aproximaciones más o menos acertadas, encuentran allí cabal expresión.

Los *bien pensants* deploran el materialismo de Freud, el cual "no puede concebir una profundidad espiritual... Advirtiendo que la conducta de sus enfermos no tiene sentido en el plano de la conciencia, se limita a suplementar esa conciencia con un inconsciente en el que lo inexplicable debe disimular su inteligibilidad", sin percatarse de que "lo que es profundo en el hombre son sus facultades espirituales, su inteligencia, su voluntad..." En general la prensa de derecha opone al psicoanálisis "el buen sentido", y señala las "extravagancias" de aquél.

Los periódicos de tipo más frívolo, cuya única pretensión expresa es la de dar gusto a la clientela, combinan una vulgarización semi-científica, que no carece de ribetes sensacionalistas, con alusiones ligeras. No falta el chiste consabido. Ni es infrecuente que éste enfile su ironía contra la boga del psicoanálisis en los Estados Unidos: (Una muchacha pregunta a otra: ¿Estás enamorada de Johnny? Y la primera muchacha responde: ¿Cómo quieres que lo sepa? Mi psicoanalista se halla en vacaciones.) Pero tampoco se descuida el subrayar los aspectos terapéuticos del psicoanálisis, útil, por ejemplo, en el tratamiento de las jaquecas y de los males de la vejiga. El psicoanálisis enseña asimismo que es más intenso el rendimiento del trabajo en la fábrica, cuando la espalda del obrero mira al este, y que "el amarillo es el color de la inquietud"; aconseja la selección de tal o cual ciclista para integrar el equipo nacional de Francia; y termina confundiéndose con los *tests* que ciertas empresas emplean a fin de averiguar las aptitudes de sus asalariados, o con las encuestas del Instituto Gallup.

De pronto, se recuerda la ecuación clásica: psicoanálisis igual a sexo. Y entonces, el nombre y el prestigio de Freud permiten abordar "francamente" cuestiones "delicadas". "En la antigüedad, celebrábanse en las islas de Kon-Tiki festividades

Freud y su hija Ana — "Su influencia ha sido sobresaliente"

amorosas en las que reinaba una atmósfera de sueño freudiano..." Una lectora consulta: "Cuando bailo, los muchachos me estrechan, en general, excesivamente. Esto me parece indecente. ¿Será que padezco de algún complejo?" Pero no nos preocupemos demasiado por el complejo de Edipo, advierte un articulista: "No hay que considerarlo peligroso. Como todos los otros complejos, sólo presenta peligro cuando se hipertrofia."

¡El sexo! ¡Qué maravilloso filón! Amparado por Freud emerge a cada instante en audaces párrafos salpicados de ilustraciones apetitosas. Claro, es preciso desechar las exageraciones, el "pansexualismo", los "mitos" freudianos. Tranquilizada de esta suerte la conciencia del público, nada estorba servirle agradables e higienizados platillos eróticos.

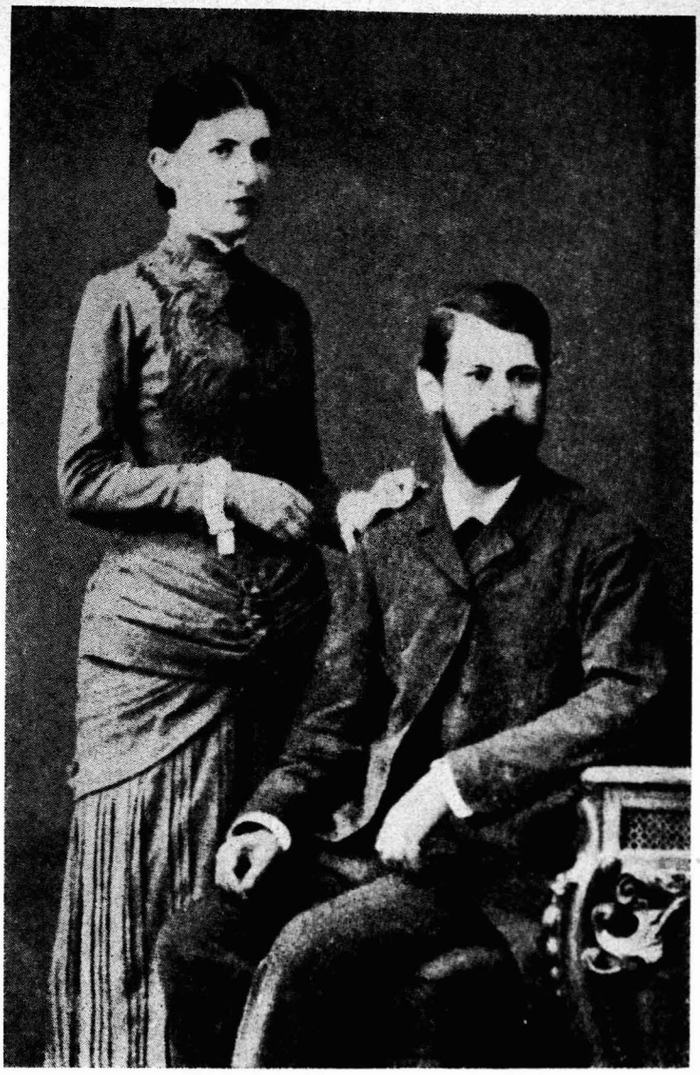
La publicidad comercial no desaprovecha la ocasión. Se nos encarecen los méritos de la crema de belleza *Libido*. O bien se nos manifiesta que "Martina ha perdido sus complejos", gracias al detergente marca X, que lava las medias e impide las depresivas "carreras". Más aún: si deseamos librarnos de una vez por todas de nuestros complejos, podemos acudir al método Tal. "En pocos meses, el método Tal hará de usted un hombre superior... Con gran rapidez quedarán barridos la timidez, la incertidumbre, los complejos..."

Lo que no aparece por ningún lado en este tipo de publicaciones encaminadas a *complacer al público*, es una descripción de la psicopatología o una exposición de los fundamentos del psicoanálisis. Lagunas comprensibles. Semejantes cuestiones arriesgarían el disgusto, el desconcierto o la angustia del lector. Cuando más, se subraya la susceptibilidad de la vida infantil a los traumas y tabús, sin mayores precisiones; o se habla de la longitud del tratamiento psicoanalístico. Longitud que, con lujo de ignorancia encubierta, se hace depender del arbitrio del psicoanalista; así, asegúrase que "algunos prefieren un tratamiento de una decena de sesiones, otros continúan viendo a sus enfermos durante meses." En este mismo artículo llega a pretenderse que "el psicoanálisis se completa casi siempre con el narcoanálisis", lo cual "favorece el interrogatorio del enfermo sumido en una media anestesia". En fin: cosas peores hemos leído sobre el tema.

De todos modos, la vena ligera es la que aquí predomina. En la pluma periodística, "el psicoanalista es un caballero que, cuando asiste al *Follies-Bergere*, mira apasionadamente hacia el público reunido". "Es aquel que, invitado a comer por sus amigos en una casa de campo, y cuando sus anfitriones se congregan alrededor de la mesa dispuesta en el jardín, entra en la casa, cierra la puerta y observa por el ojo de la llave." Los chistes se multiplican sin cesar. Una mujer, sentada frente a su espejo, se pregunta: "¿Tomaré una purga o llamaré por teléfono a mi psicoanalista?" Un paciente, recostado sobre el *couch*, confiesa: "Doctor, todas las noches sueño con grandes trozos de carne ensangrentada." "¿Cuál es su profesión", interroga el analista. Y el paciente responde: "Carnicero."

Las deformaciones en la prensa política van por rumbos muy diferentes. Moscovici considera apenas de soslayo las publicaciones de la derecha, poco favorables o indiferentes al psicoanálisis, y sin coherencia en sus puntos de vista. En cambio, concentra su atención en la propaganda comunista. Durante el apogeo del estalinismo, el coro de los periódicos y revistas de esa tendencia, presididos por *L'Humanité*, mostraban en sus juicios sobre Freud y el freudismo una monótona rigidez antagónica, de carácter obsesivo. El psicoanálisis era invariablemente denigrado como una ideología, en el sentido marxista de la palabra; ideología reaccionaria, mistificadora, oscurantista e irracional; actividad política, guerrera y opresora, con máscara científica. Nos topamos con apreciaciones tan caprichosas como éstas: "Idealista por su método, el psicoanálisis aumenta la familia de las ideologías fundadas sobre lo irracional, incluida la ideología nazi. Hitler no hacía otra cosa al cultivar los mitos de la raza y la sangre, forma nazi de la irracionalidad de los instintos." "Sirve admirablemente al armamento ideológico del imperialismo norteamericano." El dogma absoluto en psicología era entonces la dirección pavloviana, institución oficial en la Unión Soviética; la herejía entrañaba una monstruosa afrenta política.

Tras la muerte de Stalin la metamorfosis es brusca y radical: "Freud cumple cien años", escribe a la sazón un ortodoxo comunista. "Rindamos homenaje al investigador genial y escrupuloso, al observador perspicaz y prudente, al clínico enterado, al hombre generoso y honesto... El psicoanálisis ha adquirido carta de ciudadanía en la ciencia; es la única psicoterapia que se inspira en una doctrina y posee una técnica..." [1]



Freud y Martha Bernays (1885)

Sigmund Freud era todo eso, en efecto. Su genio igualaba su escrupulosidad; su honestidad corría parejas con la perspicacia de su observación. No pudieron escaparle las deformaciones, estrechamientos, falsificaciones y miopes repulsas, que ya desde entonces padecían sus postulados en la mente del público. Más de una vez dedicó su sabiduría a desembrollar esta maraña de yerros y prevenciones, que se percibe asimismo en muchas obras de carácter literario e incluso en algunas obras científicas.

Dos factores principales, de acuerdo con Freud, fomentan las imágenes desvirtuadas del psicoanálisis: la información insuficiente y la resistencia afectiva. Pero es presumible que los defectos de la información sean, a su vez, causados por la resistencia; a ésta, pues, se reduce el fondo del problema.

Ahora bien, los resortes que urgen la resistencia son de varias clases. En primer término, aparece la inercia, la rutina. La mente humana no está acostumbrada a reconocer la determinación de la vida psíquica por fuerzas ajenas a la conciencia. En segundo lugar, el temor. El psicoanálisis se considera una amenaza, por cuanto es capaz de atraer a la conciencia los instintos sexuales reprimidos, como si ello implicara el alarmante predominio de aquéllos sobre las aspiraciones éticas y culturales. En tercer término, la tendencia a la racionalización. "Dentro de la naturaleza humana", escribe Freud, "se halla el que nos inclinemos a juzgar equivocado lo que nos causaría desplacer aceptar como verdad, y esta tendencia encuentra fácilmente argumentos para rechazar, en nombre del intelecto, aquello sobre lo que recae."

Freud desmenuzó y combatió ciertos prejuicios de tal suerte formados, reiterando, cuantas veces lo estimó necesario, el auténtico sentido de sus doctrinas. Intentaré una síntesis premiosa de semejantes clarificaciones.

Ante todo conviene dilucidar la teoría de la sexualidad, cuyo habitual falseamiento ha dado pie a los cargos más comunes contra la posición freudiana. Es exacto que el psicoanálisis, con base en la experiencia clínica, subraya la importancia del sexo dentro de la vida anímica y establece que las perturbaciones sexuales son decisivas en la génesis de la neurosis. Pero entre estos principios y el "pansexualismo" que tan a menudo se le atribuye media una distancia enorme. En ningún momento postuló Freud que derivase del sexo la totalidad del

suceder anímico. "Siempre que el psicoanálisis ha considerado un suceso psíquico como un producto de tendencias sexuales", declaraba en 1916, "se le ha objetado con indignación que el hombre no se compone exclusivamente de sexualidad; que existen en la vida psíquica tendencias e intereses distintos de los sexuales y que no debemos derivarlo todo de la sexualidad. Por una vez nos satisface en extremo hallarnos de acuerdo con nuestros adversarios. En efecto, el psicoanálisis no ha olvidado jamás que existen tendencias no sexuales . . . , y si se ha ocupado en primer lugar de las sexuales ha sido por ser éstas las que en las neurosis demuestran una más precisa significación . . . Tampoco es acertado pretender que el psicoanálisis no se interesa por la parte no sexual de la personalidad . . ." Y en otro pasaje recalca: "Algunos incomprensivos tachan de unilateral nuestra valoración de los instintos sexuales, alegando que el hombre tiene intereses distintos a los del sexo. Ello es cosa que jamás hemos olvidado ni negado. Nuestra unilateralidad es como la del químico que refiere todas las combinaciones a la fuerza de la atracción química. No por ello niega la ley de gravedad . . ."

Todavía más: la propia noción de "instinto sexual" adquiere en Freud una amplitud y una sutileza que ignora el concepto vulgar. Para el vulgo, sexo equivale a genitalidad. Para Freud, la sexualidad se identifica con el amor; tanto con el amor carnal "cantado por los poetas y cuyo fin es la cópula", cuanto con las demás tendencias humanas que la palabra amor designa: el amor a sí mismo, el amor paterno y el filial, la amistad, el amor a la humanidad, la ligazón afectiva a cualesquiera objetos concretos o ideas abstractas. En dos ocasiones al menos, señala Freud la analogía de la *libido* con el *Eros* platónico: de paso, en el prólogo a la cuarta edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*; y, más detalladamente, en la *Psicología de las masas*. La libido —define— es una "energía amorosa", una especie de "concepción amplificada del amor"; coincide con el *Eros* del "divino Platón", por lo que respecta a sus orígenes, a sus manifestaciones y a sus relaciones. No resulta, pues, un concepto nada nuevo. Ya lo advertimos implícito en la *Epístola a los Corintios*, "cuando el Apóstol Pablo alaba el amor, situándolo sobre todas las cosas".

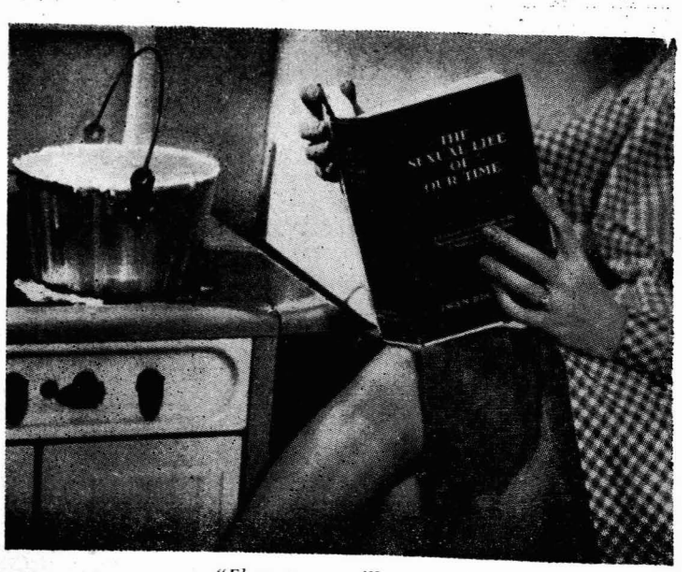
¿Por qué, entonces, llamar sexo a estas tendencias, pudiéndolas englobar en otro nombre? Porque la investigación psicoanalítica había enseñado que todas ellas "constituyen la expresión de los mismos movimientos instintivos que nos impulsan a la unión sexual", aunque en determinadas circunstancias dichos movimientos se transformen y, lejos de encaminarse hacia tal fin, procuren metas diversas. Y también porque Freud no consideraba la sexualidad —ni en el sentido lato ni en el estricto— como algo vergonzoso y humillante para la naturaleza humana. Muy al contrario. Al emplear esta denominación, que tanto escandalizaba a las "cultas mayorías" de su época, el creador del psicoanálisis no se propuso denigrar nuestros íntimos afectos, sino iluminar su realidad enalteciéndola.

Obviamente, la sociedad mantiene un profundo recelo ante el posible desencubrimiento de la dinámica sexual, en cuya represión estriba una buena parte de sus cimientos. Al presentir el peligro de una liberación de los instintos en los individuos que la componen, se aferra al tabú preestablecido, y declara cualquier tentativa científica de ponderarlo, "repulsiva desde el punto de vista estético, condenable desde el punto de vista moral y alarmante por todos motivos". Por su parte, Freud juzgaba absurdo ese temor. Sabía que la afloración de los deseos sexuales en la conciencia no representa ningún peligro; antes bien "hace posible su dominio" y su encauzamiento racional. Los instintos no se cancelan ignorándolos ni reprimiéndolos; es justamente su represión, su desconocimiento, lo que los convierte en algo alarmante, puesto que, ajenos así al control de la razón, precipítanse por vías imprevisibles y tortuosas, sin que haya medio de impedir sus más caóticas explosiones. Freud denunció con valentía el carácter neurótico de la sociedad contemporánea, y se dio cuenta de la necesidad de reformarla. Nunca preconizó, sin embargo, pese a las imputaciones de la crítica mal enterada, una libre expansión de los instintos como solución al problema de la neurosis. Buscaba, mediante el análisis, la soberanía de lo racional sobre lo instintivo; la reivindicación de la libertad humana, enajenada por las ataduras de lo inconsciente.

Pero el hombre —dice Freud— se siente *a priori* "soberano en su alma". No puede concebir la existencia en él de fuerzas inconscientes que limiten su imperio dentro de su propia casa. Es comparable a "un rey absoluto que se contenta con la información que le procuran sus altos dignatarios (la conciencia) y no desciende jamás hasta el pueblo para oír su voz." El psicoanálisis le aconseja: "Adéntrate en ti, desciende a tus estratos más profundos y aprende a conocerte a ti mismo." Por toda respuesta, el hombre lo acusa de ser una ciencia fantástica y esotérica, lo ridiculiza, lo inviste de imaginarias ambiciones y atributos grotescos.

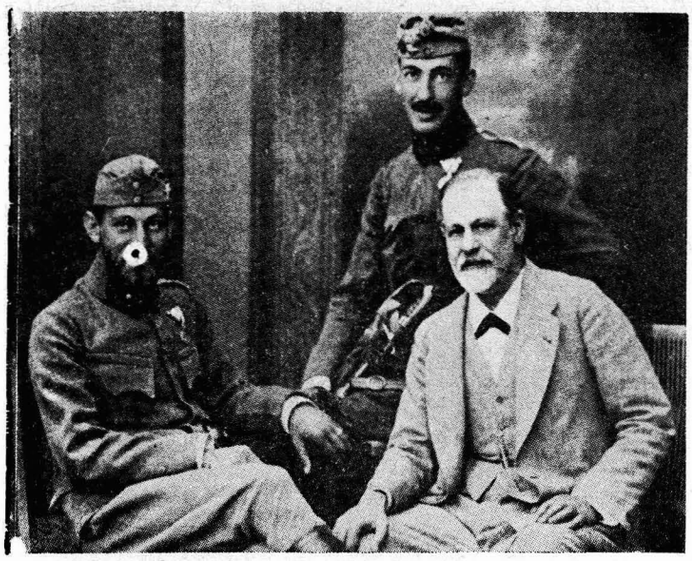
Esto explica, por cierto, la abundancia de alusiones cómicas o irónicas al sistema freudiano. La esencia del "chiste" reside en mecanismos idénticos a los empleados en la "elaboración de los sueños". Es decir, la deformación cómica y la deformación onírica constituyen por igual defensas con que los procesos inconscientes o preconscientes resguardan su misterio. Pero además, el chiste tendencioso desempeña un papel relevante en la agresión hostil: "Nos permite emplear contra nuestro enemigo el arma del ridículo, a cuyo empleo directo se oponen obstáculos insuperables (de orden cultural) . . . e inclina asimismo al oyente a ponerse de nuestro lado, sin gran examen de la bondad de nuestra causa." Sobornado por el efecto cómico, el público tiende a conceder mayor estimación de la merecida al contenido de una frase o un dibujo chistosos. [2]

En cuanto a la propaganda estalinista, se limitó a organizar los corrientes prejuicios contra el psicoanálisis, adobándolos con la gruesa retórica de costumbre y unciéndolos al afán de simplificación arbitraria que caracterizaba al comunismo militante durante aquellos años. El psicoanálisis no era, como las enseñanzas de Pavlov, una ideología del proletariado; luego, tenía que ser una ideología burguesa, un arma del imperialismo, y había que combatirlo. Si ya Lenin había declarado a Clara Zeitkin su antipatía por las teorías de Freud, fue Stalin quien decretó la consigna absolutista a través del *Breve diccionario filosófico*, el cual define el "Freudismo" como una "tendencia reaccionaria e idealista muy extendida en la ciencia psicológica burguesa . . . hoy al servicio del imperialismo, el cual utiliza estas 'doctrinas' para justificar y desarrollar los más bajos y repelentes impulsos instintivos."

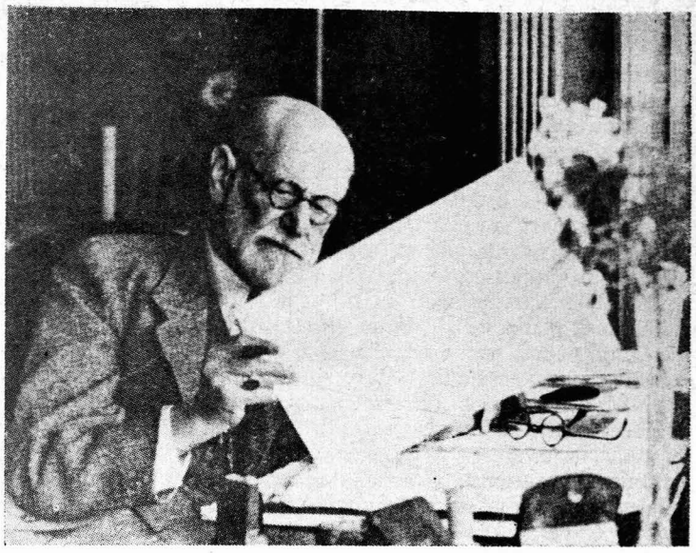


"El sexo, maravilloso filón"

Estudio de Freud en Viena — "El amor cantado por los poetas"



Freud con sus hijos Ernst y Martin



Freud — "Toda la verdad"

No podemos tomar en serio los argumentos del estalinismo, urdidos con tan diáfanas falsedades. Un Freud reaccionario, exponente del idealismo y dócil a las intenciones de la burguesía, sólo existió en el capricho de los autores del *Breve diccionario filosófico* y en los lugares comunes que ellos contribuyeron a diseminar. Y por lo que hace a los "más bajos y repelentes impulsos instintivos" del hombre y a su utilización por el imperialismo, no hay para qué volver sobre un asunto ya suficientemente abordado en anteriores consideraciones.

La posible relación entre Freud y Marx, y un estudio comparativo del psicoanálisis y el marxismo, serían harina de otro costal. Pero esta faena, que me parece de gran oportunidad, excede la mira del ejercicio presente. No eludiré, con todo, algunas elementales referencias.

Hay, desde luego, un evidente paralelismo. Ambos investigadores han revolucionado el pensamiento y la conducta en la sociedad actual. En ambos anida la misma pasión implacable por la búsqueda de la verdad científica, al margen y aun en contra de los firmes convencionalismos dictados por la inercia social, y más allá del mundo de las apariencias. Ambos fueron capaces de horadar la superficie de las cosas, para ir, como señala Hacker, hacia "la lógica grandiosa de lo oculto" en las honduras, persiguiendo "las uniformidades subyacentes de la existencia".

Parejamente, Marx y Freud han sido víctimas de las mutilaciones simplistas en que los partidarios del *status quo* proyectan su agonía defensiva. Se ha querido convertir al psicoanálisis en un pansexualismo, al tiempo que se intenta hacer del marxismo una excluyente reducción a la economía; cuando lo que Freud y Marx se proponen es sólo —vuelvo a citar a Hacker— descubrir y sistematizar las condiciones, psicológicas o económicas, que determinan el comportamiento y las instituciones humanas. Adeptos del más auténtico humanismo, se entregaron a investigar la realidad a fin de mejorarla, ligando el conocimiento a la acción, y luchando por el dominio racional de las fuerzas irracionales.

En una consideración menos abstracta es fácil comprobar el gran interés que Freud manifestaba por las tesis de Karl Marx. Diseminadas en los escritos del primero, encontramos no escasas muestras de su reconocimiento. Particular significación alcanzan las observaciones contenidas en un ensayo titulado *Una concepción del universo*, en el cual tiene Freud por "indiscutible" la autoridad lograda en nuestra época por "las investigaciones de Marx sobre la estructura económica de la sociedad y la influencia de las distintas formas de economía sobre todos los sectores de la vida humana". Freud piensa que la fuerza del marxismo no radica en su interpretación de la historia ni en su predicción del futuro, sustentada en esa interpretación, sino "en la muy perspicaz demostración de la influencia coercitiva que las circunstancias económicas de los hombres ejercen sobre sus disposiciones intelectuales, éticas y artísticas"; esto sirvió de base al establecimiento de "toda una serie de relaciones y dependencias absolutamente ignoradas antes".

Pero en seguida aparecen varias reservas. Una de ellas, por lo menos, resulta paradójica, pues equivale en cierto modo a las críticas simplistas que suelen combatir al psicoanálisis: "No se puede aceptar", dice Freud, "que los motivos económicos sean los únicos que determinan la conducta de los hombres en la sociedad. Ya el hecho obvio de que razas, pueblos y personas diferentes se conduzcan de manera distinta en las mismas circunstancias económicas excluye el dominio único de los factores económicos." Es justo consignar, sin embargo, que esta censura fue superada más tarde. En su *Vida y obra de Sigmund Freud*, Ernest Jones relata cómo, en 1937, R. L. Worral informó al maestro de Freiberg que Marx y Engels habían admitido, sin perjuicio del papel desempeñado por los factores económicos, la operación de los psicólogos. Freud respondió con estas líneas: "Sé que mis comentarios sobre el marxismo no revelan ni un pleno conocimiento ni una correcta comprensión de las obras de Marx y Engels. Me he enterado —para satisfacción mía— de que ninguno de ellos ha negado el influjo de las ideas y del *Super-Ego*. Esto invalida la principal oposición que había yo supuesto entre el marxismo y el psicoanálisis."

Freud veía también con desconfianza la teoría de la evolución dialéctica de las formas sociales, y al parecer murió sin haber atenuado este recelo, bien que su propia idea de la evolución de la vida instintiva en el individuo no fuera del todo desemejante a un proceso dialéctico. Tampoco participaba del espíritu mesiánico y optimista de Marx. Bien que la mudanza de las relaciones de propiedad pudiere afectar y modificar, a su vez, la intimidad psíquica más que cualquier código moral, la agresividad del hombre no desaparecerá con la abolición de la propiedad privada, del régimen capitalista, pues se trata de un impulso enraizado en la naturaleza misma. "Al suprimir la propiedad privada", leemos en *El malestar de la civilización*, "se desposee a la tendencia humana a la agresión de uno de sus instrumentos; uno muy fuerte, sin duda, pero no, de fijo, el más fuerte."

Por otra parte, añade Freud, si es verdad que las ideologías son el resultado y la superestructura de sus circunstancias económicas presentes, ésta no es toda la verdad. Los hombres no viven por entero en el presente. En las ideologías del *Super-Ego* (ese perpetuo inquisidor de la voluntad, ese representante y sucesor de la orientación paterna) el pasado pervive, y se conserva en vigor la tradición racial y nacional, que sólo muy lentamente cede a las influencias del presente y desempeña en la vida humana un importantísimo papel, independiente de las circunstancias económicas.

Freud aventura, en fin, una sugestión precisa: "Si alguien pudiera indicar al detalle cómo la disposición instintiva de los hombres, sus variantes raciales y sus mutaciones culturales se conducen bajo las condiciones de la ordenación social, de la actividad profesional y de las posibilidades adquisitivas; si alguien pudiera hacerlo así, completaría el marxismo, haciendo de él una verdadera sociología."

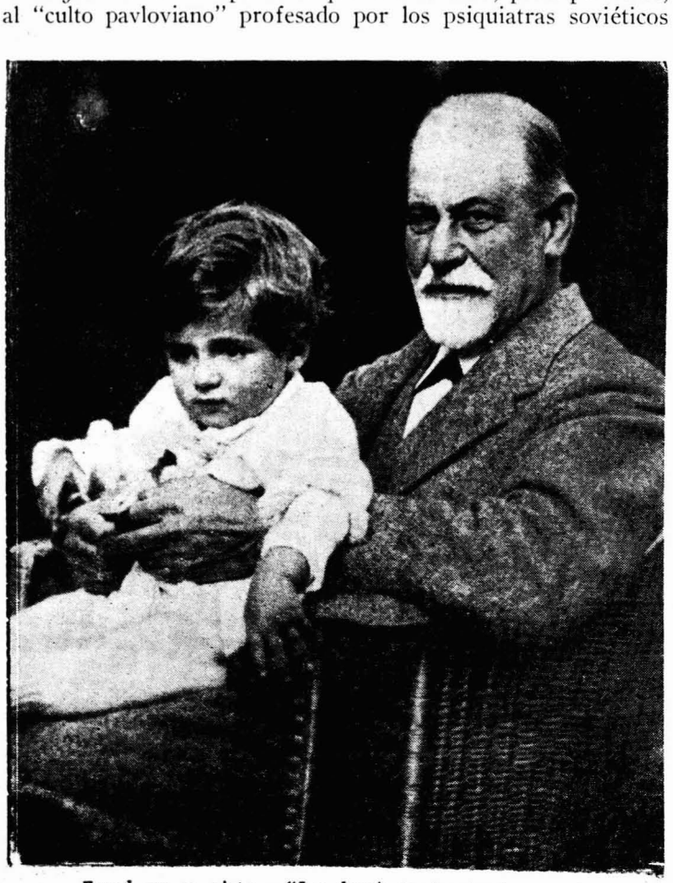
Sin embargo, ni en el paralelismo externo entre Freud y Marx, ni en la expresa crítica textual que Freud hizo de las hipótesis marxistas, aunque dentro de esta última se aporten incitaciones de la mayor trascendencia, es donde hallaremos los esquemas fundamentales para una posible integración de las respectivas doctrinas científicas. Hemos de examinar, sobre todo, la viabilidad de una correlación objetiva y metódica. Pronto advertiremos que en una y otra enseñanza hay nociones que se corresponden mutuamente complementándose y enriqueciéndose. Tal acontece, pongamos por caso pertinente, con los conceptos de *ideología* y *racionalización*.

La racionalización es un concepto psicoanalítico. Ya hemos visto cómo delataba Freud la facilidad con que la natu-

raleza humana encuentra argumentos para repudiar, en nombre de la inteligencia, aquellas realidades cuya aceptación implicaría un desplacer. Este proceso mental que elabora razonamientos y aun filosofías para explicar y justificar con ellos una manifestación afectiva que deriva de causas inconscientes, es lo que se llama racionalización. Dichos procesos —aclara Otto Fenichel en su magistral sistematización de la teoría psicoanalítica— hacen tolerables experiencias instintivas que de otra manera resultarían angustiosas. El neurótico fabrica razones justificantes de su conducta y así evita el tener que admitir los impulsos instintivos que en el fondo lo mueven.

Pues bien, la ideología, tal como la define el marxismo, resulta, en el plano social, de un mecanismo similar. Sin forzada metáfora podría verse en ella una especie de racionalización colectiva, pues, en súma, trátase aquí también de disimular una realidad concreta con lucubraciones apologéticas. Toda clase dominante en una sociedad engendra una ideología peculiar, que expresa sus intereses, y que constituye una superestructura de ilusiones, impresiones, y modos de pensamiento y de concebir la existencia. Pero la clase dominante no puede darse el lujo de aceptar el verdadero carácter de esta urdimbre intelectual. La urgencia de proteger sus intereses la constriñe a enmascararlos, idealizando aquello que los representa. La superestructura ideológica cobra, por consiguiente, una universalidad ficticia; los efectos pasan a la categoría de causas, y lo que no es sino una mera proyección de la sociedad se hace aparecer como su justificación, perenne y válida en sí. Por su parte, cada individuo, al recibir a través de la tradición y la educación semejante acervo de reflejos idealizados, los asimila sin sospechar su origen, como si fueran el móvil absoluto e intemporal de sus propios actos; aquellas formas nebulosas se condensan en su cerebro, erigiéndose en "leyes eternas de la naturaleza y la razón" (Cf. principalmente Marx y Engels, *La Ideología alemana;* y Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*). Así —ejemplifica Lukács, parafraseando a Marx—, cuando un pensador de la talla de David Ricardo niega la necesidad de ampliar los mercados de acuerdo con el incremento en la producción y el aumento del capital, lo hace, *"de una manera inconsciente"*, para no verse obligado a reconocer la fatalidad de la crisis que revela crudamente la contradicción cardinal del sistema de producción capitalista, o sea, el hecho de que ese sistema implica una limitación al libre desarrollo de las fuerzas productivas.

Temo que la anterior digresión nos haya llevado más lejos de lo que yo deseaba. No he pretendido sino poner de relieve la analogía objetiva que acerca la sindéresis del psicoanálisis a la del marxismo. Muchos marxistas acusan a Freud de ser un *ideólogo*. Ya hemos apuntado que ello se debe, principalmente, al "culto pavloviano" profesado por los psiquiatras soviéticos



Freud con su nieto — "Las demás tendencias humanas"

Marx y Engels con sus familiares — "Se corresponden mutuamente"

durante la era de Stalin; culto que, por lo demás, obedece a las inclinaciones etnocéntricas del estalinismo, ajenas, como asienta Joseph Gabel, "a la reflexión o a la ciencia". No olvidemos los esfuerzos de Henri Lefebvre, dentro de la posición marxista, por descartar, en favor de un psicoanálisis antidogmático, el dogmatismo oficial pavloviano. De otro lado, muchos freudianos acusan a Marx de ser un mero fabricante de ilusiones, cobijándose en apostillas circunstanciales del mismo Freud, y haciendo transparente la estacionaria rigidez de la escolástica psicoanalítica, incapaz de ensanchar y enriquecer los métodos tradicionales. Pero, en resumidas cuentas, dicha polémica de apreciaciones particulares es accidental. Lo que importa es enfrentar el sentido profundo de la investigación freudiana con las lecciones medulares del escrutinio marxista. Es en este diálogo, tan incipiente, en donde reside la promesa de una mejor comprensión del hombre y de la sociedad.

La influencia de Sigmund Freud tiñe con vigor eminente nuestra época. Vasta e incisiva, despliega sus estímulos en todos los niveles del pensamiento. Pero en la enorme extensión de su imperio, no siempre alcanza el justiprecio debido. Si el profano la caricaturiza, no es inusitado que el adepto la traicione, aspirando a trocar la ciencia en teología. Freud entendía cuán difícil de tañer es el instrumento anímico, y no hubo fase de su tarea en que no lo acompañara un cauteloso amor a la verdad. Nada le impidió, y así lo hace constar expresamente, modificar y corregir sus opiniones conforme a los avances de la experiencia. Antes que imaginarse en la cima del saber, admitió las imperfecciones de su conocimiento, y proclamóse dispuesto a la edición de nuevos elementos y a someter sus métodos a "todas aquellas reformas que puedan significar un adelanto". (Cf. *Los caminos de la terapia psicoanalítica.*) Ni siquiera las definiciones son, para él, inalterables. "Como nos lo evidencia el ejemplo de la física", dice en *Los instintos y sus vicisitudes,* "aun los *conceptos fundamentales,* fijados en definiciones, experimentan una perpetua modificación de contenido." Y al terminar uno de sus últimos libros, *El porvenir de una ilusión,* corona su auténtica sabiduría con esta premisa, grandiosa en su sencillez, y a la cual tantos de sus discípulos supuestos se han mostrado infieles: "Las mudanzas de las opiniones científicas son evolución y progreso, nunca contradicción. Una ley que al principio se creyó generalmente válida, demuestra luego ser un caso especial de una normatividad más amplia o queda restringida por otra ley con posterioridad descubierta; una grosera aproximación a la verdad queda sustituida por un ajuste más acabado, susceptible todavía de mayor perfeccionamiento."

Freud supo encomendar al futuro la decisión final sobre la labor de su vida, y confesó una entera incertidumbre respecto a sus posibles frutos. De nuestra lealtad a su honradez inquebrantable y a su fe valerosa en la razón y el progreso, más que de un apego inmóvil a la letra de su herencia genial, dependerá el que aquella noble semilla pueda colmar la plenitud de su destino.